

Leal Buitrago, Francisco. 2018.
Al paso del tiempo.
Mis vivencias. Bogotá:
 Universidad de los Andes
 y Universidad Nacional
 de Colombia [231 pp.]

María Emma Wills Obregón*

¿Qué pueden aportar las memorias de Francisco Leal Buitrago a quienes queremos comprender este país y nos desempeñamos como profesores y formadores de las nuevas generaciones de científicos sociales? ¿Qué uso darle a un libro que no pretende ser científico pero que sí trae a la vida un mundo ya pasado, el de Une, un pueblo ubicado en la Provincia de Oriente; luego, el de una pequeña capital en transición, la propia Bogotá; para detenerse en una experiencia que se prolongó durante varios años, cuando su protagonista hizo parte de una institución militar y descubrió los confines de la geografía colombiana gracias a la tarea que se le encomendó de levantar puntos geodésicos; y finalizar por un recorrido por el mundo investigativo y académico y su paso por dos universidades, la Nacional de Colombia y los Andes?

El libro de Francisco Leal me hizo reflexionar sobre los textos que los historiadores, antropólogos, sociólogos y politólogos empleamos para introducir a nuestros estudiantes a una historia colombiana escasamente enseñada en los colegios. Por lo general, buscamos textos precisos, fundamentados en el contraste de fuentes y en el rigor y la elegancia científica, desechando otros géneros más “subjetivos” como la crónica o las memorias. Pero quizás si tuviéramos un sentido pedagógico más cultivado, empezaríamos por descripciones como estas, donde la vida cotidiana, con sus rituales y sus prácticas, nos permite “ver” una película-en-desarrollo que tiene la virtud de “engancharnos” porque no pretende adoctrinarnos y narra una vida desde experiencias que tienen el potencial de resonar en muy distintos públicos: los juegos y pilatunas de infancia, los amigos de colegio, el paso por la juventud, la definición de una profesión o un quehacer, la muerte de los padres y luego el matrimonio, la paternidad, el abuelazgo, la jubilación.

Gracias a una buena pluma, humor discreto, optimismo a toda prueba y memoria fina, sus páginas recrean una trayectoria en particular, la suya, y a la vez, la trascienden al intercalar reflexiones que ponen en contexto histórico su vida, para convertir estas memorias realmente en el testimonio de una época. Así, el libro es el recuento de una vida en singular, la de Pacho (como cariñosamente le dicen sus estudiantes y colegas), pero también condensa una mirada informada y lúcida sobre la historia de un país que se confronta a sí mismo a

* Doctora en Estudios Latinoamericanos por University of Texas at Austin, Estados Unidos. Profesora visitante en la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de los Andes, Colombia. ✉ mwills@uniandes.edu.co

través de distintas violencias y que deja de ser fundamentalmente rural para transformarse, caóticamente y sin un proyecto de nación muy preciso, en urbano.

De la infancia y la juventud (1944-1949)

De Une, pueblo liberal en medio de una región conservadora, Pacho recrea la plaza, sus casas, la distribución del notablato local en el trazado del pueblo y las marcas que usa para distinguirse de sus vecinos (el carro, una planta eléctrica, una edificación de dos pisos). Reconstruye el día de mercado, las tareas que asume para ganarse unos cuantos centavos, los dulces de la época, las fiestas de Navidad, la radio de ese entonces, o la planta del pueblo que se prende solo de 6 p. m. a 11 p. m. Aparecen también los juguetes de calle muchas veces contruidos manualmente gracias a su inventiva y su curiosidad, y las instrucciones que aparecen en uno de los libros que componen la colección *El tesoro de la juventud* que le presta uno de sus maestros. También juegan un papel importante en esta descripción las distancias, los medios de transporte y las carreteras: el bus que conecta a Une con Bogotá, con un conductor que se orienta en medio de la niebla gruesa gracias a las indicaciones de un ayudante que apenas descifra los contornos de una carretera sin asfaltar; el tren de vapor que la familia toma para sus vacaciones, y los vendedores y sus pregones, que se apilan a su alrededor en cada parada; y Villavicencio, que para él se encuentra en los confines del mundo.

Su padre, fundador de dos instituciones escolares, lo inscribe para que curse los dos primeros años de primaria en un colegio privado de niñas, donde él, con la mayor naturalidad, comparte con ellas juegos en el recreo y avanza en su educación, gracias a la tutoría de dos de sus hermanas, excelentes maestras. Luego ingresa a una institución pública, donde su sensibilidad social le permite advertir la brecha que existe, desde los primeros años, entre los niños y niñas que viven en el casco urbano y aquellos que provienen de la zona rural y que llegan a clase luego de largas caminatas, algunos de “pata al suelo”.

La vida en Une transcurre “lenta” y parsimoniosa, solo interrumpida por los domingos de mercado y las fiestas de Navidad. Pero la política y su pugnacidad se cuelan, primero, con la visita de Alfonso López Pumarejo, Presidente de la República que viaja al pueblo justamente por ser liberal en medio de una provincia conservadora, recibido con pompas y honores; y luego, con la noticia del asesinato de Gaitán, que llega gracias a la telegrafista. El magnicidio desencadena una secuencia de eventos y procesos a nivel nacional y local, trastocando las rutinas de sus habitantes: En medio de tensiones y un miedo que se respira en el ambiente, el padre de Pacho, liberal y “jefe natural, intelectual y político del pueblo”, se ve forzado a buscar asilo, primero en el corregimiento de El Rosal (Subachoque), y luego en Bogotá. Con este destierro y otros cambios se inicia una reconfiguración social y

política de Une: el pueblo deja de ser liberal y su notablato pasa a estar compuesto de “pequeños comerciantes y antiguos campesinos más acomodados”, mientras, en la capital, la familia Leal busca reinventarse una vida.

Una ciudad en transición (1950-1954)

Así como Une toma vida bajo la pluma y las memorias de Pacho, Bogotá, con sus distintos barrios y sus fronteras, adquiere forma. Aparecen el parque El Lago, la Avenida de Chile, la carrera Séptima, el tranvía, los barrios de casas republicanas, así como aquellos que, en medio de potreros, se van constituyendo.

Al llegar a la capital, Pacho va interno a un colegio de padres franciscanos que, a pesar de ser confesional, pone a leer en voz alta durante las horas de almuerzo las apasionantes novelas de Julio Verne. Como reprueba tres materias porque “el cura prefecto de los internos me cogió ojeriza” (p.36), migra a vivir con sus padres, que compran una casa en el sur, en una época donde aún “no existía la odiosa estratificación por barrios” y donde “en varios de menor estatus se mezclaban clases sociales sin que hubiese las disimuladas discriminaciones y censuras que hay ahora” (p. 37). Allí prosigue sus estudios con los hermanos cristianos en el Instituto San Bernardo, al que llega luego de tomar el trolley por la carrera Séptima. Se aficiona por las bicicletas, los carros, el fútbol, la música; tiene una de sus primeras “tragas” y asiste a sus primeras fiestas.

Como esa institución escolar no ofrecía quinto y sexto de primaria, el padre de Pacho decide inscribirlo en el Colegio San Bartolomé de La Meced, regentado por jesuitas. Además de la misa diaria oficiada a toda velocidad por el Padre Jesús Emilio, Pacho recuerda con aprecio el laboratorio de física, uno de los mejores del país. Describe además los carros de la época, que algunos alumnos llevaban prestados los domingos para “echar fachas”. Además de su afición por los automóviles, Pacho habla de su membrecía al coro y de su gusto por la música, así como su pertenencia a la banda de guerra. De estos años, le quedarían una formación robusta y una red de amigos y conocidos que se prolongaría durante su vida.

Entremezclada con la descripción de las fiestas de grado, viene la visita al colegio de los encargados de la oficina de reclutamiento de bachilleres para prestar el servicio militar obligatorio en el Batallón Miguel Antonio Caro, recién creado por el General Rojas, quien fue llamado, como bien lo recuerda Pacho, por el ala ospinista del conservatismo y las corrientes liberales, para que ocupara la presidencia y cesara “la horrible noche”, es decir, La Violencia. Además de recrear el ambiente de esperanza que reinó durante el discurso de posesión de Rojas Pinilla el 14 de junio de 1953 desde lo que era en ese entonces la “modesta Casa de Nariño”, el autor no abandona su lucidez crítica para recordar cómo al poco

tiempo de posesionado el General como “Jefe Supremo”, “un año después, tras el fin de la bonanza cafetera [...] y el asesinato de un estudiante en la Universidad Nacional por parte de militares, comenzaría la destorcida de esa felicidad” (p. 43).

Con el respaldo de su padre, Pacho busca infructuosamente no prestar ese servicio militar obligatorio —quería entrar a estudiar Ingeniería en la Universidad de los Andes—. Sin encontrar una forma de evadir el servicio, Pacho resultó conscripto en la Escuela e Infantería, y lo que empezó como una obligación resultó, luego de la muerte de su padre, en una opción profesional que marcaría su vida durante los siguientes ocho años.

Formación militar y descubrimiento de la geografía del país (1955-1962)

Las memorias de estos ocho años en el Ejército fueron, lo confieso, toda una sorpresa para mí. Había leído a Pacho como el autor de distintos libros y artículos sobre las políticas de seguridad en el país (entre ellos, el de “La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la posguerra fría”, merecedor del prestigioso premio Ángel Escobar en Ciencias Sociales de 2002), pero sólo con estas páginas comprendí que su reiterada crítica a la ausencia de políticas de seguridad coherentes y apropiadas al contexto del país nacía, no de un subyacente desprecio por estas instituciones, sino por el contrario de un aprecio y genuina preocupación de aportar intelectualmente a su fortalecimiento y profesionalización.

En estas páginas, la vida cotidiana con sus rutinas —“predecible pero no monótona” (p. 59)— es retratada de manera amena. No faltan tampoco los recuerdos, vívidos, de los ocasionales excesos y abusos de autoridad por parte de oficiales de mayor rango. Descubrimos los apodos y el humor que ellos encierran, las jerarquías formales e informales, los uniformes y su influencia prusiana, poco a poco reemplazada por la norteamericana. Entendemos “las diferencias de clase” que marcan la vida militar y que aún hoy permiten que unos pocos reclutas y no todos puedan inscribirse en la Escuela Militar de Cadetes (p. 53).

A pesar de las prácticas asociadas a lo estrictamente militar, sorprende descubrir que en estos años las “salidas a terreno” en las inmediateces de la capital se hacían apenas con “munición de fogeo” porque “eran tiempos en que no había peligro de ataques”, pues La Violencia se concentraba “en algunas zonas, en particular la Cafetera” (p. 57).

Una vez aceptado en la Escuela Militar de Cadetes, Pacho escoge, como era predecible, el arma de ingenieros, donde a todas luces nuestro protagonista gozó aprendiendo “rudimentos” de arquitectura e ingeniería que seguramente influyeron para que fuera seleccionado como uno de los miembros de la comisión del Ejército

asignado al Instituto Agustín Codazzi. “Esta comisión militar se encargaba de hacer levantamientos geodésicos en zonas difíciles de la geografía colombiana” y “contaba con el apoyo de una compañía de ingenieros del Army Map de Estados Unidos [que] consistía en una oficina de radio en Bogotá para comunicarse con la base itinerante de la Comisión y con las avionetas y helicópteros basado en Panamá usados para el transporte del personal de la Comisión; un ingeniero gringo con sede en el Instituto, y camiones militares y equipos también gringos” (p. 65).

El paso por esta Comisión marcaría definitivamente las opciones que Pacho tomaría más adelante. Como integrante de ella, viajaría, maravillado, a los confines del Pacífico, Urabá, Arauca, para encontrarse con una “endemoniada” geografía, una vegetación y una vida animal exuberantes, climas en ocasiones inclementes, y unos saberes ancestrales de las comunidades arraigadas en estas regiones que describe con especial estima. Allí aparecen noches estrelladas, serpientes talla equis, indígenas y afrodescendientes cazando con destreza, helicópteros y aviones accidentados, carreteras zigzagantes y estrechas por las que él manejaba con enorme placer. De nuevo, llama la atención que esta Comisión se movía por estas regiones alejadas del centro del país *sin armas de dotación*, mostrando una vez más que la Violencia dejaba su impronta, pero en regiones estrictamente delimitadas. Del gusto por su labor, da cuenta una pluma que describe con precisión parajes y anécdotas que invitan a la lectura.

Durante la última etapa en el Ejército, Pacho fue asignado en 1961 al Batallón de Ingenieros Cisneros en Armenia. La ciudad pertenecía al Viejo Caldas, región que estaba sumida en la última etapa de la Violencia, la de los “bandoleros”, y “era epicentro de actividades, incluidos el sadismo del corte de franela —en el cuello— y de mica —en la nuca” (p. 81). Fue durante este año y medio en Armenia, cumpliendo funciones más que todo de ingeniería, que el protagonista de estas memorias se preguntó seriamente si quería continuar con la carrera militar. Aunque pidió ante el comandante de Brigada su retiro, su solicitud le fue negada porque “me iba a beneficiar como civil de los conocimientos adquiridos como miembro de la institución militar... En esos años, el Ejército se creía dueño de los oficiales, máxime cuando los estudios en la Escuela Militar eran gratuitos” (p. 83). Un año después, esta vez en el Tolima, como integrante de la Sexta Brigada, solicitó de nuevo su retiro, que en esta ocasión le fue aceptado.

Pacho evoca cuatro razones para dejar la institución en la que por ocho años se formó. “Me entusiasmaba más completar mi formación de ingeniero o hacer otra carrera en una universidad, que dedicarme a frenar focos de violencia mediante acciones que con frecuencia eran violentas, no obstante fuesen legitimadas por el Estado. Además, me preocupaban los grandes contrastes sociales que había percibido en todas las regiones por las que había transitado y los focos de miseria que ellas

presentaban frente a unas pocas familias ricachonas. Por otra parte, me fascinaban la inmensa variedad geográfica del país y las posibilidades de disfrutarla ... [Por último] al proseguir en estas lides podía exponerme a la insensibilidad propia del ejercicio de las violencias” (p. 84).

Sorpresivamente, y para fortuna de las ciencias sociales en el país, Pacho dio un giro: en lugar de resolverse por la ingeniería, su pasión desde joven, se inscribió en Sociología en la Universidad Nacional. Quería sin lugar a dudas comprender “la complejidad de la situación social en el país” y las condiciones subyacentes a “las tremendas desigualdades” (p. 91).

Estudios y trayectoria académica (1968-2005)

El ingreso de Pacho a la Universidad Nacional de Colombia se dio en una época profundamente creativa y a la vez convulsa, en la que los dogmatismos dejaban su impronta en los debates tanto entre profesores como entre estudiantes (1962-1968). A pesar de las turbulencias, “gracias al tesón de Orlando [Fals Borda, fundador de Sociología en 1959]”, la nómina de profesores fue “de lujo, digna de competir con cualquier universidad del mundo” (p. 93).

Nuestro protagonista hizo parte de una cohorte que ingresó a la Universidad muy poco después del triunfo de la Revolución cubana y en plena Guerra Fría, a la que pertenecieron, entre otros, el recién fallecido Alfredo Molano y Armando Borrero. Fue justamente en esos años cuando, en América Latina, el movimiento estudiantil viró hacia la izquierda. En Colombia, esto implicó que en los campus universitarios del país, “el bipartidismo tendió así a desaparecer a medida que se multiplicaban las expresiones ideológicas de izquierda y los romanticismos revolucionarios exacerbados” (p. 94).

En este punto, el balance de Pacho de esos años de politización del movimiento estudiantil, y la respuesta que concitó en el régimen, es implacable: “No pocos valiosos líderes estudiantiles de la Nacional...fueron sacrificados”, no solo por “la calificación oficial como subversión a todo movimiento que no fuera condescendiente con el régimen”, sino también por “la torpe intransigencia de los fundadores del ELN, los hermanos Vásquez Castaño” (pp. 94 y 95).

Pacho no fue ajeno a este ambiente, y en 1966 fue presidente del Consejo Estudiantil de la Facultad de Ciencias Humanas, pero advierte: “Nunca he militado en ningún partido político —para conservar mi capacidad de crítica, que considero de gran valor académico...Nunca participé en las expresiones de violencia anárquica” (p. 95). Este sello —mirada crítica anclada en la convicción de que el pensamiento requiere autonomía frente a militancias partidistas y rechazo a los métodos violentos— lo acompañaría toda su vida, tanto como investigador como en su rol de profesor.

La Universidad Nacional sin duda le abrió muchas puertas a Pacho, tanto intelectuales como sentimentales. Allí hizo amigos perdurables y conoció a Magdalena León, esposa y madre de sus hijas, a quien se refiere con enorme aprecio en su doble condición: par intelectual y compañera afectiva de vida.

La educación, como en el caso de su padre y de tantos estudiantes de las instituciones escolares por él fundadas, fue un motor de movilización social y apertura al mundo. Aunque Pacho se refiere a su trayectoria como una signada por la fortuna, en realidad las puertas de la academia internacional se le fueron abriendo gracias a su tesón, enorme disciplina y capacidad ejecutiva, además de su lucidez social.

En estos capítulos, los lectores encontrarán no sólo un recuento de los ires y venires de Pacho entre la Universidad de los Andes y la Universidad Nacional, así como su paso por distintas universidades en el extranjero, sino además una historia breve de la gradual consolidación de las ciencias sociales en el país y la fundación de la ciencia política (1968), así como de las tensiones tanto personales como políticas que surcaron el proceso y que no hicieron sino agudizarse en un ambiente de enorme pugnacidad ideológica. En la Universidad Nacional, este clima condujo al vergonzoso ataque a Orlando Fals Borda como “agente del imperialismo” (p.104) y a la clausura del Programa de Estudios Superiores del Desarrollo (PLEDES), financiado por la Fundación Ford, mientras en Los Andes, la intolerancia intelectual condujo al cierre prematuro de la Maestría de Ciencia Política —por considerarla “marxista”—, que, no obstante, alcanzó a graduar a personas que luego se distinguieron en el campo intelectual colombiano como Fernán González (historiador), Laura Restrepo (escritora) o María Elvira Samper (periodista).

Pero además de estos conflictos y turbulencias, esta reconstrucción sirve de espejo para quienes quieran seguir una trayectoria académica. En sus páginas, se evidencia la enorme capacidad de gestión institucional que tuvo Pacho, no solo como fundador de la primera Maestría de Ciencia Política en el país (1974), sino, además, unos años más tarde, como primer director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) en la Universidad Nacional (1986), y co-impulsor de la reforma académica en Los Andes en 1996, que daría lugar a la creación de dos facultades autónomas, una de Ciencias Sociales y otra de Artes y Humanidades, para ejercer luego el cargo de Decano e imprimir un sentido de cohesión académica en la recién creada Facultad de Ciencias Sociales.

De sus gestiones, es necesario relevar su buen ojo para escoger coequiperos en lo que sería en ese entonces el primer centro de pensamiento anclado en una universidad dedicado casi que exclusivamente a la

investigación, el IEPRI; su capacidad de tejer alianzas e intercambios con la academia latinoamericana (incorporándose y aportando a la consolidación de redes y facultades como Flacso y Clacso) y norteamericana (participando en los congresos anuales del Latin American Studies Association); y su claridad de que el conocimiento necesita circular y, por tanto, acompañar estos procesos institucionales con la fundación de revistas de alto nivel (desde la primera Revista de Estudios Rurales, pasando por Análisis Político (IEPRI) y concluyendo en la Revista de Ciencias Sociales (RES) en Uniandes. A todo lo anterior, se agrega su firme convicción de que los buenos resultados en ciencias sociales son producto de conversaciones y debates entre pares, y que para tal fin es necesario disponer espacios y horarios regulares de encuentro y discusión.

A esta trayectoria, que es un ejemplo de compromiso académico, quisiera tomarme una licencia y agregar unas pocas palabras sobre el rol de Pacho como profesor, del que fui estudiante. Me constan —y lo sufrí y a la vez agradecí— el rigor y la disciplina con los que él dictaba sus clases y exigía de sus estudiantes. En los seminarios, semanalmente, teníamos que presentar reseñas críticas de tres páginas que él leía y comentaba a fondo (no había pie para “echar carreta”), que me forzaron a aprender a escribir a máquina con dos dedos, costumbre que conservo hasta hoy en día; los temibles *quices* que constataban si habíamos leído o no; y los ensayos históricos que debíamos redactar en clase durante los horarios de examen. Los pocos estudiantes de Ciencia Política de la época —por cohorte éramos cinco, máximo diez— le temíamos, pero a la vez reconocíamos que esta alta exigencia se nos devolvía con creces porque cultivaba nuestra capacidad analítica y crítica. En tono más de memoria personal, lo confieso: mi estructura de pensamiento, más cercana a una ciencia política con fuerte componente histórico y sociológico, proviene de esos primeros cursos que tomé con él. Por eso, además de ser un incansable productor de conocimiento, Pacho forjó escuela dejando huella en varios de sus estudiantes que se destacaron luego en el mundo de la academia, y en particular, de la ciencia política.

El potencial pedagógico de estas memorias

Quiero cerrar esta reseña, devolviéndome al inicio. Los profesores e investigadores sociales encuentran en este libro detalles y descripciones que permiten no solo comprender la trayectoria de su protagonista, sino distintas épocas del devenir nacional.

El primer capítulo que retrata una época en un pequeño pueblo en las goteras de la capital sugiere preguntas para los estudiantes y los estudiosos que busquen comprender

los cuarenta en Colombia: ellos pueden, a partir de las descripciones que Pacho inicia, continuar una indagación con otras fuentes sobre la interconexión de carreteras en esa época, y de las vías de transporte existentes, que intuyo debían ser tan precarias como la que el autor describe para Une. De allí emergen interrogantes sobre las consecuencias de esta ausencia de integración, tanto para la vida económica como política y cultural de los colombianos y colombianas.

Otro aspecto que aborda Pacho y que es crucial para comprender las dinámicas socio-políticas de esa década, es la de la composición de los notablatos locales. En el caso de Une, los fundadores de los colegios, entre ellos, el padre de Pacho, ocupan un lugar especial. La educación de alta calidad impartida por profesores formados en Escuelas Normales es, en ese momento, un factor de movilidad social y reconocimiento. Varios de los estudiantes del Colegio Fidel Leal en Une se convierten a su vez en maestros o médicos, como “Jaime Romero, cofundador de la Universidad del Bosque”.

No menos apasionante es la etnografía de alimentos que se consumen en su casa y que se producen en la región. Desde la antropología, la descripción de fiestas, juegos y eventos es una veta que da cuenta de las grandes transformaciones que ha vivido el país en estas décadas.

Y para los politólogos en formación, están todas las preguntas relacionadas con los impactos del magnicidio de Gaitán, desde el cambio de nombre del Colegio para incorporar el de un conservador, el Señor Riveros, fundador de la institución educativa para niñas, pasando por la decisión de hacer depender el colegio de la Parroquia “para que así sobreviviera durante las dictaduras conservadoras, civiles y militares”.

Las descripciones de Pacho sobre la vida como recluta en las Fuerzas Militares, las dificultades de los levantamientos de coordenadas topográficas en un país con una geografía tan enrevesada como la nuestra, la formación de las ciencias sociales en los convulsos años sesenta y setenta, escritos de manera sencilla y amena, pueden ser el punto de partida para abrir la curiosidad de las nuevas generaciones a ese pasado reciente, a veces tan olvidado en el curriculum de colegios y universidades. Así, cada capítulo puede convertirse, en el aula de clase, en el punto de partida de indagaciones sobre distintos aspectos que sugieren la búsqueda de otras fuentes y su contraste con la voz de su protagonista.

Este es uno de los usos potenciales que yo veo en la lectura de este libro, pero de seguro cada lector encontrará otras vetas para adentrarse en los recuerdos de quien sin lugar a dudas dejó y sigue dejando huellas en las ciencias sociales de nuestro país.